



Cristina Bruno.

CRISTINA BRUNO

El terapeuta como lámpara

Precisamente durante la preparación de este artículo encuentro entre viejos papeles la cita de M. H. Abrams, (leída no sé dónde y anotada por mí no sé cuándo): “El artista debe convertirse en lámpara”. Y me permito la ligera variante del título de este artículo, porque, ¿no son el verdadero artista y el verdadero terapeuta idénticos focos de esa gran luz que es la música?

Todo gran arte produce transformación, se convierte en ayuda luminosa que revela parte del misterio –y el verdadero terapeuta abre la vía para desaprender y desandar viejos caminos y aprender nuevas formas de vivir, ayuda a iluminar senderos oscurecidos, a confrontar zonas perdidas o rechazadas, a eliminar patrones fijos...-. En este tiempo actual en que cobra de nuevo vida la musicoterapia, después de siglos de perder vigencia, volvemos a darnos cuenta de lo poderoso que es el sonido como agente transformador –tantos nuevos métodos de musicoterapia, el método Tomatis, “el efecto Mozart”, etc.–. En tantas y tantas culturas y tradiciones se menciona el sonido primordial, el verbo, como principio de todo acontecer, y no se comprende bien cómo pudo perderse durante tanto tiempo, sobre todo en las sociedades más civilizadas, la actividad musical intencionadamente terapéutica. ¿No habrá contribuido a este resurgir el reconocimiento de la enorme riqueza en costumbres de culturas mucho más “primitivas”? (Acordémonos de la maravillosa película recientemente proyectada *La historia del camello que lloró*).

Todo niño está en el estado de consciencia del aquí y ahora, de la unión con todo lo que le rodea: baila, canta, es creativo desde un principio –a menos que tenga algún impedimento físico-. Luego, a medida que crece, la educación bloquea muchas de estas manifestaciones propias de un ser sano y equilibrado y nos encontramos con que hay que volver a encontrar el camino hacia esa perdida espontaneidad y creatividad, pasando por los vericuetos de la consciencia de separación hasta llegar de nuevo a la consciencia de unión. Si somos conscientes y estamos alerta en el día a día con sus pequeñas y grandes cosas, podemos darnos cuenta de cómo nos transforma el inter-

Estudio de Isamu Noguchi,
33 MacDougal Alley,
New York City. Foto: André
Kertész, hacia 1945.



cambio con otros seres humanos, cómo nos influye el contacto con la naturaleza o cómo nos afecta el mirar a las estrellas... Por otro lado, el mundo en movimiento es sonido. Y sabemos cómo un único sonido o un solo ritmo repetidos, o una melodía específica, pueden tener repercusiones profundas en el cuerpo físico y/o en la psique –tanto de agrado como de desagrado– e inducir a estados distintos de la percepción ordinaria, acompañar a la guerra, o al estado meditativo profundo. Por lo tanto, una actividad musical conscientemente dirigida hacia la armonización del ser humano, en un intercambio musical, es uno de los vehículos más inmediatos y poderosos con los que contamos en la situación presente del mundo, tan necesitado de equilibrio y armonía.

Y me vienen a la mente dos frases de Noguchi leídas en una reciente exposición de este gran artista: “La liberación de factores inhibidores, reales o imaginarios, produce una marea de creatividad”. Y también: “Qué es el artista, sino un canal a través del cual desciende el espíritu...”

Y ahí llegamos a aquello que Celibidache llamaba “la música como camino de libertad”: hay que encontrar el camino para que la música *se haga* –ya que, finalmente, es la música la que es la verdadera fuente de luz– a través del intérprete o del terapeuta. Y el objetivo final es convertirse en ese canal receptor, limpio de prejuicios, ideas fijas, elucubraciones mentales o compulsiones afectivas que, si no, colorearían la interpretación-terapia. Exige, pues, que el artista-terapeuta haga todo un trabajo personal que le permita convertirse en canal. Todos los conocimientos adquiridos previamente sobre la forma de hacer terapia se adaptarán a ese impulso primero generador.

El artista-terapeuta

Se me pide aquí que describa cómo se desarrollan mis sesiones de música intuitiva improvisada, actividad que he mantenido bastante



Cristina Bruno.

secreta dentro de mi ámbito profesional como concertista y que durante 15 años he venido ejerciendo esporádicamente para personas cercanas o amigos de los cercanos –actividad que es un perfecto contrapunto al trabajo y estudio diario estructurado, disciplinado, del músico clásico.

Siempre había soñado con poder ayudar con música de una forma más personal, directa e inmediata. Después de años de profundo trabajo interior (“abrir-limpiar, limpiar-abrir”) surgió esta facultad de conectar con el otro e improvisarle *su* música personal, como una enorme sorpresa –sobre todo, porque la estructurada educación clásica de mis tiempos había bloqueado cualquier capacidad improvisatoria–. De repente, era capaz de una total empatía con una persona (hablábamos antes de la unión), podía retratarla musicalmente y que ella se reconociera y luego darle la música que le ayudaba a confrontar, limpiar, relajar... La música se hace a través de mis manos sin ninguna interferencia mía personal, pero pasando por el tamiz de mis circunstancias culturales. ¿Cómo explicar la forma en que esto sucede? Lo único que se me ocurre es describir que se trata de hacer el vacío mental, acoger en sí mismo a la otra persona y luego esperar a que ese vacío se llene, surgiendo inmediatamente la improvisación específica e intransferible desde la intuición y a través de una total empatía con el ser, la persona y sus circunstancias, que se tiene delante.

El “querer hacer” desaparece y se sustituye por el “hacer”. Las músicas así resultantes pueden ser bellas, horribles, aburridas, interesantes, frías, intelectuales o emotivas... –según la persona que las está recibiendo– y no deben juzgarse musical o estéticamente sino por los efectos que producen –que pueden ser tanto físicos como emocionales o psíquicos–.

Es mucho más fácil convertirse en canal de esta forma que tocando música de otros en concierto, pero de vez en cuando sucede el milagro. Un genio de la talla de Celibidache decía que a él le pasaba unas pocas veces al año y entonces sucedía lo que él llamaba la “correspondencia intersubjetiva”: cuando el instrumentista y el oyente se convierten en uno a través de la música. Si la música es camino de liberación –y no hay otra forma de cambiar el mundo que liberándonos nosotros mismos– ¡qué maravilla que haya ahora tantas formas y tantas personas colaborando en esa transformación!

Cristina Bruno es pianista.